

## PRESENTACIÓN

José Antonio Hernanz Moral /  
Rubén López Domínguez \*\*

*Non scholae sed vitae discimus*  
Seneca

En muy diversos escritos podemos encontrar reflejado que una de los elementos que constituyen el “elenco básico de lo humano” es la educación, y esto, al menos, por tres motivos distintos: en primer lugar, porque es un proceso de moldeado de lo que llamamos inteligencia; en segundo, porque es el contexto en que individual y socialmente nos humanizamos; en tercero, porque es el espacio en que se construye todo proyecto político.

Ahora bien, como el moldeado de la inteligencia, la construcción de la individualidad y la colectividad y la configuración de un horizonte político son histórica y culturalmente variables, la educación y la teorización sobre ella -que es lo que se hace aquí- han experimentado grandes cambios a través del tiempo, aunque no de manera lineal, sino a través de saltos revolucionarios que han ido de la mano de las principales transformaciones de las cosmovisiones en que se da.

Parece claro -al menos nos lo parece al conjunto de autores de este libro- que estamos actualmente viviendo uno de esos saltos revolucionarios, vinculado a la emergencia (¿construcción?) de un mundo global y que, entre otras cosas, está haciendo explícito el debate sobre la importancia de la educación como elemento estratégico para la consecución de ciudadanos moralmente autónomos, económicamente competitivos y políticamente participativos. En este contexto es necesaria una revisión profunda de las teorías, modelos, prácticas y evaluaciones de la educación, revisión que exige multiplicidad de miradas, armonización conceptual, mentalidad innovadora y una voluntad real de tomar acuerdos pertinentes y viables a mediano plazo. Mucho hay en juego, toda vez que estamos transitando desde un conjunto de sociedades industriales a las sociedades del conocimiento, en las que probablemente queda rebasada la idea de “capital humano” (como depositario del cúmulo de personas que pueden efectivamente generar conocimientos de carácter innovador), puesto que sigue correspondiendo al léxico del mundo industrial, y se queda corto para amalgamar el conjunto de ideas que aglutina el ideario de la educación en nuestras

sociedades, heterogéneamente postindustriales.

Para enriquecer este debate abierto y quizás aún no debidamente orientado, tal es la nebulosa de realidades, prácticas, proyectos, éxitos y fracasos en lo que nos movemos conceptualmente, nos dimos a la tarea de discutir la idea de educación, pero en el contexto de lo que denominamos “alfabetización vital”, entendida como metáfora de la capacidad para saber leer, comprender y transformar el libro del mundo, en los caracteres con los que actualmente se está escribiendo. Esta alfabetización vital supone un sustrato que todos compartimos, que no es otro que la vida, y una vida humana; por el mero hecho de nacer humanos estamos obligados a vivir como tales, lo que supone darnos a la tarea de construir nuestro mundo, de ejercer nuestra libertad. Esto es, en efecto, algo que todos potencialmente hacemos desde que nacemos y que todos actualmente practicamos en el camino de existencia personal, pero parece claro que el éxito con el que ejercemos nuestra humanidad es muy dispar, siendo uno de los elementos clave de esta disparidad la calidad con que fuimos educados en los primeros tramos de nuestra vida.

Así, más allá de una educación que prime la capacitación laboral (basada en una alfabetización técnica), es urgente la adopción de una educación que prime la articulación de las diversas capacidades humanas (basada en una alfabetización vital). Sobre el papel, las diversas concepciones de la educación, especialmente la moderna, están llenos de términos del campo semántico de la integración (“holística”, “integral”, “armónica”,...) pero en la práctica hay una atomización de la estructuración de competencias del individuo, de suerte que lo que se suele enfatizar es la pericia técnica dentro de una disciplina, auto limitándose al alcanzar ese objetivo.

Una alfabetización vital, y para la sociedad del conocimiento, no pretendería suplantar la pericia técnica disciplinaria, sino excederla. El reto es, entonces, detectar adecuadamente algunos términos que radicalmente permitan ir más allá de una concepción agregacionista de los elementos básicos de la educación para articularlos en la dimensión compleja que de hecho constituyen, a sabiendas de que es factible estructurarlas de manera coherente, pero sin que eso suponga que vayan a acrisolar en un modelo válido en todo sistema sociocultural contemporáneo. Para responder a este reto

nos centramos en un ámbito de la educación -la superior-, en una tendencia -las competencias- y en una sub-red de actores -los docentes-, puestos todos en diálogo dentro de un terreno de juego topográficamente delimitado por las categorías “distribución social del conocimiento” y “tecnociencia y humanismo”.

Con todo ello, el sentido de este libro y la preocupación clave que lo alimenta es la relación entre “conocimiento” y “apropiación crítica del conocimiento”. Ambos términos son típicamente humanos, pues en cualquier sociedad y momento histórico la educación se ha movido entre ambos en una tensión dinámica y creadora. Sin embargo, es en el horizonte de nuestro presente, tan cambiante, frágil y complejo, en el que parece que están cobrando una relevancia y explicitud de las que nunca antes habían gozado. Las sociedades del conocimiento se construyen en torno a ellos, y también van a pelear entre sí, en búsqueda de hegemonías, a partir de su control. Este es el panorama que hace de la reivindicación de la educación como alfabetización vital, y para la sociedad del conocimiento, una tarea urgente, prioritaria. Esta preocupación, esperamos, queda reflejada en la disposición de los textos que han contribuido a la

conformación del libro, en la que, a pesar de la autonomía de cada uno de ellos, rige la idea de “constelación de propuestas”, más que de “red de conceptos”.

Nuestro punto de partida ha sido la revisión de la educación formal desde la primaria hasta la educación superior, con la finalidad de pincelar algunas tendencias arraigadas en los modelajes curriculares que explícitamente apuntan a la formación de personas en y para la sociedad del conocimiento en un mundo globalizado, mediado por la tecnociencia e interpelado por el reto de la sustentabilidad. La principal motivación para hacerlo ha sido la patencia de que debe fortalecerse la lógica de la continuidad en la formación integral de las personas en todos los niveles educativos, pues si bien es cierto que las Instituciones de Educación Superior son de especial importancia en la pugna por la generación, aplicación y distribución social del conocimiento, mientras no exista una apuesta global por la educación desde la infancia hasta la adultez, muy difícilmente vamos a encontrarnos con IES que respondan adecuadamente a este requisito.

A continuación abrimos el debate sobre la educación más allá del aula, para intensificar la necesidad de la formación en competencias que permitan efectivamente

apropiarse -y hacerlo críticamente- del conocimiento. Queda atrás el supuesto de que estudiamos para, eventualmente, no tener que hacerlo más, porque nuestros estudios nos van a permitir acceder a un puesto de trabajo estable a lo largo de la vida laboral; la capacidad para apropiarse de la información y del conocimiento, la certeza de que la educación para la vida es una educación durante toda la vida, la necesidad de actualizar nuestra formación a través de actividades de educación continua, forman parte de los supuestos de la idea contemporánea de “trabajo”, que liga esas características a las de la flexibilidad, capacidad de innovación, intersubjetividad e interdisciplinariedad de los individuos dentro y fuera de las organizaciones a las que pertenezcan. De este modo, los supuestos desde los cuáles reflexionamos la noción misma de “competencia” deben expandirse para evitar caer en una mera cobertura ideológica de la reproducción de estructuras de poder, sino más bien consolidar la articulación entre vida, educación, trabajo y construcción de una ciudadanía responsable y participativa.

Por último, centramos nuestra discusión en uno de los grupos de actores de la educación que más importancia tienen en ella: los docentes. Es verdad que las

dinámicas de trabajo en el aula necesitan una profunda transformación, pero según ciertos discursos dominantes da la sensación de que el profesor queda relegado, en su papel de “orientador”, “facilitador”, a un segundo plano, ya que, gracias a herramientas como las TICs (tecnologías de la información y la comunicación) o los nuevos ambientes de aprendizaje, pasan a ser un complemento, que puede llegar a ser prescindible, de la educación. Sin caer en una reivindicación trasnochada y gremial, estamos convencidos de que el docente no sólo sigue siendo clave, sino que es uno de los ejes centrales en los que debe cimentarse cualquier transformación positiva de ella; de hecho, seguramente en las sociedades del conocimiento, en los que la información y los criterios para usarla son cada vez más refinados y accesibles, quienes deseen aprender exigen profesores que sean, en sentido estricto, maestros.

Sabemos que este libro apenas es una aportación más a todo este debate, nunca hemos pretendido decir sobre él la última palabra, pero igualmente esperamos que más que respuestas, encuentre el lector nuevas formas de hacerse viejas preguntas, relacionadas con la preocupación por contribuir a la discusión sobre el tipo de educación que vale la pena promover, y cuál

es el tipo de mundo en que estamos dispuestos a habitar.

Jalapa, Ver., Diciembre de 2010.

**\*\* José Antonio Hernanz Moral** (Valladolid, 1967), profesor de tiempo completo de la Facultad de Filosofía de la Universidad Veracruzana (UV), miembro del SNI y profesor con perfil Promep, lleva varios años trabajando sobre aspectos filosóficos de la tecnociencia y la sociedad del conocimiento. Es miembro fundador del Cuerpo Académico Consolidado “Ciencia, tecnología, sociedad e innovación en la sociedad del conocimiento”, de la UV. Actualmente es el Director General de la Dirección General de Desarrollo Académico e Innovación Educativa de la Universidad Veracruzana. Correo electrónico [jhernanz@uv.mx](mailto:jhernanz@uv.mx).

**\*\* Rubén López Domínguez.** Licenciado en Biología (1986) por la Universidad Veracruzana (UV). Se encuentra realizando su tesis de Maestría en Filosofía en esta misma Institución. Es Investigador titular del Instituto de Investigaciones Biológicas de la UV, del que fue Director (2007-2012). Actualmente coordina el Área de Comportamiento Animal y Filosofía de la Biología. Correo electrónico [rlopez@uv.mx](mailto:rlopez@uv.mx)